

Recordando a Hernán del Solar

p. 6.

Existe el prejuicio de considerar a la literatura infantil como un subproducto artístico, desmereciendo los reales méritos que puede tener como parte integral de las formas narrativas, especialmente el cuento y el relato largo. Sin embargo, acontece que una relectura adulta de los textos que en una primera experiencia lectora pudieron parecer intrascendentes, demuestran todo lo contrario, pues el mismo placer estético nos envuelve al releer dichos textos. Todo esto a propósito de una serie de lecturas de diversos títulos pertenecientes a un clásico de nuestra literatura infantil, el escritor Hernán del Solar, desaparecido el 22 de enero de 1985. Dicho interés deriva de una investigación acerca del relato infantil chileno, entre los que sobresale este autor.

Alfonso Calderón describió así a Del Solar: "Bajo, recio, con algo de actor francés de carácter de la década del cuarenta, permanentemente allegado a las obligaciones del voto de modestia, Hernán del Solar transforma siempre a sus interlocutores en personas importantes, reservándose él un inequívoco segundo plano. Generoso, directo, tierno. Una santa paciencia, matizada muy a lo lejos con indignaciones espontáneas, y una falta de soberbia constituyen su más sólido haber personal". Nació en Santiago el 1° de septiembre de 1901. Estudió en el Colegio de los Hermanos de La Salle. Desde muy joven orientó sus actividades al periodismo y la literatura, y ya a los 18 años publicó un libro de poemas con el título de Senderos. Más tarde descubriría que los suyos no correspondían al género lírico, sino al narrativo. Se inició en la revista Zig Zag, como ayudante del director, pasando posteriormente a la Editorial Ercilla como asesor literario, cumpliendo además las tareas del traductor. Más tarde ejerció diez años en el diario El Debate y La Nación, y luego ingresó a El Mercurio donde se desempeñó como crítico literario por largos años. "Sus comentarios críticos revelan un acabado conocimiento y una exacta valoración de las letras nacionales y extranjeras". También fue profesor de Redacción y Estilo en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile.

Decíamos más arriba que Hernán del Solar, sin duda, será recordado por su casi exclusiva dedicación a la literatura infantil. Su entusiasmo lo llevó a crear, junto al escritor catalán Frances Trubal, la Editorial Rapa Nui en 1946. Precisamente es de esta colección de relatos infantiles que hemos estado leyendo por vez primera títulos como "Chiu, el campesino", "Memorias de una sirena", "Pilo tambor" o "El hada madrina", o relejendo otros como "Las aventuras de Totora", "Cuando el viento desapareció", "Mac el microbio desconocido", "La porota", "Nap y Moisés, detectives", que Hernán del Solar publicó con su nombre, pues también editó otros con sonoros seudónimos tales como Abelardo Troy (El castillo de la medianoche), Ricardo Chevalier (El club de las cigarras), Juan Camerón (El diablo se divierte), Clovis Kerr (El fantasma del zoo), Walter Grandson (El peñón de los monos), Aldo Blu (La niña de piedra), que también hemos leído con agrado, transportándonos gracias a la prodigiosa imaginación creadora del autor a insospechados mundos maravillosos y fantásticos en unos libros de gruesas tapas de cartón ilustrados por unos dibujos en blanco y negro, algunos de gran calidad artística, que esconden entre sus ya amarillentas páginas múltiples aventuras a la espera de ser vividas, especialmente por los lectores jóvenes y también por los adultos. Hernán del Solar amaba a los niños y como expresión de ese sentimiento, escribió para ellos cuarenta y cuatro volúmenes de narraciones infantiles. El escritor afirmaba: "El niño nació conmigo y me ha acompañado hasta hoy. Nos hemos entendido siempre y sabemos que la vida es renovado juego. Lo importante es jugar bien. ¿Lo hemos hecho? El niño ríe. No le interesa averiguarlo. Soy yo quien a veces se lo pregunta y responde".

La fantasía y la naturalidad se combinan admirablemente en las narraciones de Hernán del Solar, configurando una atmósfera mágica que capta desde las primeras líneas al lector. Carmen Bravo-Villasante, especialista española de la literatura infantil destaca en el autor "un trasfondo poético, una añoranza de bellos ideales y mundos mejores por lo que se mueven los personajes. El deseo de evasión es el móvil principal de todas sus novelas". Así, los elementos esenciales de su narrativa son lo maravilloso, lo mítico y la aventura, requisitos primordiales del relato infantil.

Entre las cualidades que se le exigen al escritor que cultiva la literatura infantil está el conocer la psicología del niño, receptor principal para quien escribe; esta cualidad nuestro autor la tenía, pues como dice Ignacio Valente, "Hernán del Solar tiene la virtud, rara en el género, de no considerar que los niños son tontos, ni que es necesario explicárselo todo; al contrario, él podría hacer suyo aquel axioma de "El Principito", según el cual son los adultos los que requieren de continuas explicaciones: el niño es esencialmente intuitivo".

Otro rasgo sobresaliente de sus obras es el modo de caracterizar a los personajes, especialmente cuando estos son animales, "pues apenas conservan algún rasgo psicológico de su fisonomía propia: los invade una humanidad cordial y sencilla, con sus luces y sombras, con la específica ambigüedad de todo lo humano".

Los ambientes y espacios son múltiples, así como la temática. Encontramos, por ejemplo, desde el lejano reino de Cuando el viento desapareció, hasta el mundo submarino de las Memorias de una sirena; desde amenas narraciones de piratas (Rip, el bucanero) a los relatos policiales que tienen como protagonistas a los simpáticos perro Nap y Moisés (El club de las cigarras), émulos de Sherlock Holmes y Watson.

Quisiéramos terminar este breve comentario dedicado a Hernán del Solar, Premio Nacional de Literatura 1968, haciendo nuestras las palabras del crítico nacional, Ignacio Valente, quien junto con abogar por la reedición de algunos títulos de la obra narrativa de Del Solar, afirma que nuestro autor, "es, junto a Marcela Paz, quien ha llevado más lejos, en la literatura chilena, la perfección del relato infantil: un género difícil, donde la trivialidad es un obstáculo que debe ser vencido a cada paso, y que, cuando resulta logrado, es también una buena lectura para adultos".